

*Relatos en serie*

# Iluminación cero

*Joalberths De Agrela*

SAINDE



SOCIEDAD DE AUTORES  
INDEPENDIENTES

# Capítulo I

El atardecer es hermoso, lo sé por todo lo que decía mi abuelo, él me relataba cuando era niño que el sol durante el ocaso era igual al melocotón gigante de James, decía que sus rayos volaban hacia las nubes como las largas piernas de una hermosa mujer que lo invitaba a mirar aquel color naranja que poco a poco se iba convirtiendo en una noche profunda. Esa figuración de los cuentos de mi abuelo no puedo olvidarla, probablemente por el hecho de que vivo en la isla más tecnológica que existe y aquí mi visión de tal belleza es imposible; colosales rascacielos que se extienden hasta el infinito nunca me han permitido mirar el horizonte. Yo vivo en un bloque de apartamentos bastante pequeño, la visión de mi ventana está obstruida convirtiendo al sol en algo que sólo puedo mirar durante la mitad de la tarde, por supuesto sólo pocos segundos, si no fuese así, mis ojos ya hubiesen perecido.

Oni es el país más avanzado del mundo, es una isla del Océano Pacífico donde habitamos más de cien millones de personas, y la mayoría pasamos toda la vida enclaustrados por cuatro paredes. En este mundo yo soy un simple trabajador de una empresa, diariamente estoy diez horas frente un computador realizando cuentas matemáticas y organizando presupuestos ajenos, mi vida es aburrida, la vida es aburrida, Oni es aburrido.

Aquel lunes llegué del trabajo a las cinco de la tarde, como todo día dejé mi portafolio sobre la silla del comedor para así dirigirme a la rutina de pararme en el balcón para observar el paraíso. Con la cabeza en un ángulo recto sentía un despiadado dolor en mi cuello, pero el panorama lo valía, mi tortura diaria era la única forma de poder ver el cielo. Día tras día me encantaba observar cómo se iba oscureciendo el firmamento hasta que sólo quedaba de él las tinieblas y las luces ciudadanas que en la noche lo invadían. Justo antes de que se apagara el mundo y quienes lo iluminaran fueran los enormes carteles publicitarios de la humanidad un estallido que sólo había presenciado en películas apareció iluminando el espacio. Era como una bomba atómica que se extendía hacia el infinito, un anillo de fuego que llegaba más allá de la vista de cualquier hombre; segundos



después vino el estruendo, un sonido tan potente que destrozó en un instante las ventanas del balcón e hizo temblar tan fuerte la tierra que llegué a pensar que el infierno se levantaba sobre nosotros trayendo a la superficie su magma y sus demonios. El terremoto duró cerca de un minuto, para cuando culminó yo me encontraba fetalmente arrodillado contra el suelo, sordo y desorientado. Al pensar que estaba seguro me volví al interior del alojamiento que se encontraba oscuro como mis pensamientos. El bombillo se había quemado, así que tanteé el espacio hasta encontrar mi portafolio, de él saqué mi ordenador portátil para saber que sucedía, usualmente las noticias llegan primero a internet que a cualquier sitio de nuestro mundo material, pero el aparato no encendía; intenté luego con el televisor, también descompuesto; probé suerte con el móvil, apagado y sin encender; hasta tomé el teléfono local que nunca usaba para intentar llamar a algún compañero de trabajo, éste también había dejado de funcionar, ni siquiera el patético tono se escuchaba; bueno, también era posible que el estallido me hubiese dejado sordo. La cocina eléctrica no funcionaba, los tomacorrientes estaban vacíos; el mundo se había apagado en pleno siglo XXI.

<<Probablemente es algo pasajero, los sistemas eléctricos deberían recuperarse pronto>> pensé en aquel momento, así que hice lo mismo que al salir del balcón, tanteé el mundo a oscuras, llegué a mi cama, me acosté y estuve pensando en qué podía haber sido ese extraordinario disparo que llenaba el cielo de una luminiscencia más grande que la del sol. Pasé minutos, horas esperando sobre la cama que todo volviera a la normalidad, una y otra vez presionando el botón de encendido de mi teléfono celular sin ninguna respuesta. Cuando mis ocelos se encontraron cansados pequeñas bolsas empezaron a nacer, como gemelos de un parto, debajo de mis parpados y en un diminuto giro de mi cuello vi una refulgencia que irrumpía desde la ventana. Me acerqué para descubrirla, y allí estaba de nuevo mi columna llevando mi cabeza directamente hacia el cielo donde brillaba una magnífica aurora parecida a mil serpientes que buscaban una presa o un amenazador arcoíris de sinuosos pigmentos que divisaban Oni desde el mundo nocturno. No sé a qué horas de la madrugada Morfeo me secuestró, pero sé que desde mi último

# *Iluminación cero*

*Joalberths De Agrela*

---

segundo de desvelo, hasta que pude sentir el sol de nuevo, nunca dejé de ver aquel fenómeno espectral que inventaba esos en el paraíso.

*Continuará*

## Capítulo II

*L*a mañana después del estallido fue mucho más que el simple comienzo de un segundo día de una inusual semana. Al despabilarme acostado en el suelo pude evocarme, todo seguía tan oscuro como el tiempo tenebroso excepto por una incandescente luz que entraba desde la ventana golpeándome la cara como un bombillo de neón colgante en una gigantesca lámpara.

Intentando darle ánimos a mi vida me levanté diciéndome que olvidaría mi fría soledad. El mundo en el que habito usualmente está desierto y cuando ni siquiera el reloj desea darte la hora, la melancolía se intensifica; te pones a pensar.

— ¿Tiene sentido vivir ahora? – esa fue la pregunta de ese martes de mala suerte.

La interrogante no era nada filosófica, mucho menos intelectual, era... por decirlo de alguna manera, natural; sin electricidad en el mundo mi empleo no tenía sentido, piénselo, ¿para qué se necesita un administrador en una empresa, si lo que mueve la empresa ya no existe?

La insistencia de nuestra estrella brillante en el cielo me decía que el horario era diurno, pero las horas transcurridas eran tan desconocidas como la razón del apagón.

— ¿Debería salir? ¿Acaso será bueno preocuparme por mi sueldo?

Todo lo que pensaba eran preguntas relacionadas con el trabajo, era inevitable, durante años había estado yendo a aquel lugar día tras día sin ningún descanso, pero como un meteorito que extinguía a la humanidad, ya no hacía falta. Mi ser inconsciente e inocente pensaba que bastaba con sólo pensar, al menos por primera vez estaba haciendo algo fuera de aquella aburrida rutina que rodeaba mi vida en Oni.



Abrí mi vacío, oscuro y descongelado refrigerador con la esperanza de encontrar algo que pudiese comer; dentro encontré algunos pollos empaquetados, arroz, escasas verduras, pasta, salsa de tomate y un poco de queso; había comida, pero excluyendo las verduras nada podía ser preparado en mi hogar. En Oni sí existen las cocinas a gas, sólo que como la electricidad nunca había fallado las personas como yo no le vimos motivo a la compra de una. Del aparato tomé tres tomates, algunas hojas de lechuga y un pepino; la verdad es que no soy ningún amante de las ensaladas, pero solo por eso no planeaba morir de hambre hasta poder comprar una nueva cocina que se adaptase al nuevo mundo en el que vivía.

Una vez terminé de comer me agradecí por los alimentos, luego salí de mi apartamento llamado por la aventura, seducido por la búsqueda de todo lo necesario. Las calles que prevenía eran las de una calurosa y desolada ciudad donde no caminaba ni un alma, era realista pensar que en una situación como en la que nos encontrábamos todas las personas se encerrarían en sus casas a lamentarse mientras preguntaban qué sería de ellos tal y como yo lo había hecho minutos antes. Pero la realidad nunca es tan bondadosa, al bajar las escaleras del edificio y observar las tiendas cercanas al mismo pude admirar con repudio alargados ciempiés humanos que brotaban de los establecimientos de manera hostil.

Incluirme a aquella tortuosa espera era una opción desagradable, igual lo hice, cuando la carretera tiene un solo camino no se puede hacer otra cosa que seguir avanzando. Subí un momento a buscar dinero, después bajé y me posicioné detrás de una anciana y otras doscientas personas que como yo tampoco tenían una indecente cocina de gas.

La inexistencia de un reloj hacía el tiempo pesado como un costal de harina de cuarenta kilogramos, tal vez no parezca tan tedioso, pero llevar eso durante más de cuatro horas era más que suficiente para enloquecer. Cuando estuve al fin cercano a la puerta de entrada un muchacho joven de unos veintidós años de edad salió del lugar uniformado, y con una mirada temerosa, vociferó:



— ¡Se nos han acabado las bombonas de gas, si aún tienen interés en comprar, quedan tan solo quince hornillas!

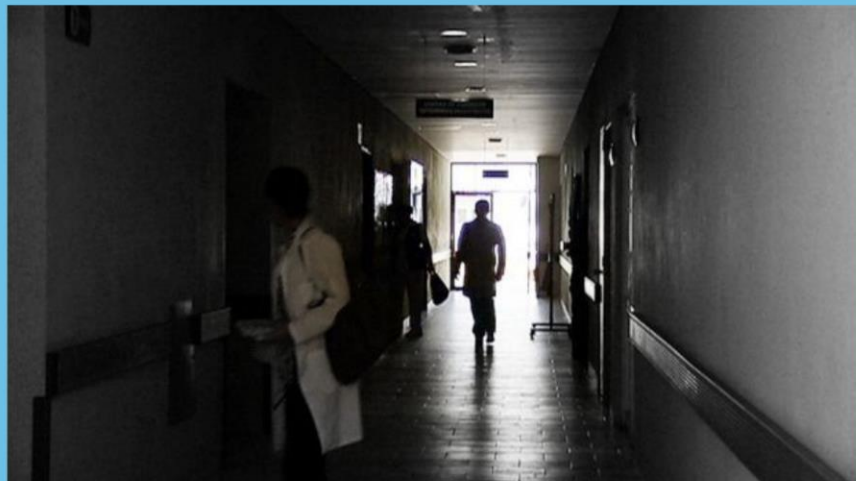
Algunas personas que se encontraban delante de mí protestaron gritando que era una falta de respeto informar eso después de que todos los que estábamos en la cola habíamos aguantado horas bajo el sol; esos seres reprochadores eran tan solo una minoría, una pobre secta sin valor. En nuestra avanzada cultura siempre se ha dicho que perder el control es una falta de educación y que quien lo haga no es más que una pobre bestia. Por eso muchos en Oni nos callamos las quejas que no tienen sentido. Aunque yo me mantuve en silencio y sin protestar, la negatividad me abordaba junto a un carnívoro nerviosismo que me obligó a cerrar los ojos y correr por desahogo. Mi mente estaba pálida, pero la tonta pensaba que el resto de los individuos me veían de seguro como el bizarro Forrest Gump, aquel hombre gracioso que movía las piernas sin dirección llevando con él la magnitud de un futuro incierto.

Sin duda alguna, mi mundo ya era ruinas en dos días.

Llegada la noche mis pies ya no iban a seguir, entonces frente a mí se encontraba un santo hospital donde enfermeras y doctores corrían por doquier para salvar vidas impropias, y allí estaba yo, intentando dormir en la recepción mientras recordaba que lo único en mi estómago era una dramática ensalada de tomate, lechuga y pepino.

*Continuará*

## Capítulo III



Un ser humano recostado sobre tres sillas de cuero, una junto a la otra, su cuerpo, más delgado que el día anterior lo hace parecerse a un cadáver que respira. Ese era yo, un muerto viviente que en una incómoda posición que fácilmente podía ser envidiada por el kama sutra o el yoga, dormía en la recepción de un hospital acompañado por un mundo de personas que se movían a la velocidad de la luz.

El ruido de sus murmullos, el zumbido de sus órdenes y sus chismes me despertó indefectiblemente esa mañana, el día anterior cuando llegué al lugar me había perdido el espectáculo de la aurora del polo Oni, pero este día la vería nuevamente, fuese como fuese. Lo que me hizo dejar solo a Hýpnos fue el terremoto de eventos que se nombraban en el hospital, era obvio que sin electricidad el mundo médico perdería la cabeza, en mis adentros pensaba en las víctimas del cáncer, los pobres ancianos, los niños recién nacidos, pensaba, por primera vez pensaba.

Mi maratón del ayer no había tenido dirección, era similar a la desconocida llegada de la carrera de Filípides. Yo no sabía dónde estaba, tan solo miraba las paredes del hospital. Confundido y observador lo recorrí fotografiando cada punto: la sala de espera, la sala de emergencia, los consultorios de los doctores, los avanzados laboratorios, el depósito de medicinas; todo fue perpetuado en mi mente, sobre todo el salón forense donde tuve la oportunidad de hablar con algunos doctores y viejas ancianas que lloraban como mandrágoras arrancadas de la tierra.

En la sala solo habían cuerpos masculinos, algunos jóvenes, otros maduros, todos erectos. Al mirar tal presentación de mástiles mortales me acerqué a uno de los hombres que llevaba consigo una bata blanca y le pregunté:

— ¿Qué es esto? ¿Por qué todos los difuntos de este salón tienen el pene preparado para una intensa relación sexual?



—Estoy ocupado, no tengo tiempo para contestar estupideces – y alejando su mirada de mí siguió hablando con una mujer de avanzada edad.

Al parecer la mujer con la que el forense hablaba era la madre de uno de los hombres que en camilla se encontraban. El doctor le explicó a la mujer que su hijo había sido una víctima más de una impresionante ola de suicidios que había ocurrido el día anterior. Era de esperarse, nuestra ciudadela perfecta había perdido lo que le permitía caminar y aquellos obsesos a la tecnología no pudieron aguantarlo y se arrancaron la vida. Cada uno de mis semejantes muertos eran geek's que ondeaban los días en el metaverso de la internet, tenían alter-egos, seudónimos, avatares, cada uno de ellos tenía una existencia perfecta más allá de lo material, más placentera que lo palpable, más famosa que sus patéticos éxitos en la tierra de Oni. Cuando estaba pequeño me gustaba mucho jugar a los videojuegos, no había una consola que no hubiese tenido; pero con el tiempo, el trabajo y la presión de mi familia dejé ese ocio de fantasía para encerrarme en la rutina de cualquier empleado; ahora lo agradezco, sé que si hubiese seguido en el mundo de los pasatiempos no habría soportado perder mi mayor entretenimiento.

De nuevo el mundo se caía ante mis ojos, esta vez no el mío, sino el de mis camaradas, muertes en masa eran solo el comienzo, primero se desvanecerían los amantes perdidos de la tecnología, luego quienes olvidarían la cordura serían los lujosos seres que ya no tendrían todo aquello que los bañaba de oro.

Mi estómago seguía vacío desde aquella precaria ensalada que había consumido el día anterior, así que miré mi billetera y en ella tenía el dinero de la indecente cocina de gas. Me dirigí al restaurante del hospital para atiborrarme de comida, pero fui detenido por un gorila de traje y corbata negros que me dijo con voz gruesa y desalmada:

—No puede pasar, disculpe, debido a la situación actual solo ingresa personal autorizado –Era obvio, volvería a morir de hambre



otro día más.

Pues como no quedaba más que hacer volví a convertirme en un nómada y deje mi segundo hogar con la esperanza de encontrar ese concepto vago que algunos llaman “calidad de vida”.

*Continuará*

## Capítulo IV

Caminaba un moribundo por esas calles estrechas de letreros que antes alumbraban sus noches, y ahora era el sol el que brillaba para él, tenuemente cerca de su muerte. La tarde lo acechaba, la oscuridad era solo cosa de tiempo.

Séneca, el joven, una vez dijo que la felicidad era encontrar una vida que tuviese dirección y sentido. ¿Pero qué sentido puede tener una vida sin nada que la dignifique? Igual que su vida su caminar no tenía dirección, todos los caminos escarpados eran iguales a excepción de ese lugar señalado por Apolo. Seis vagabundos de ropas roídas sentados en círculo compartiendo una pipa de la cual succionaban piedras blancas.

—A esto hemos llegado —pensé mirando como sus sentidos se exaltaban durante pocos minutos mientras probaban juntos el nuevo acelerador del profesor Gibberne—, que desperdicio de humanidad.

El hombre los miraba con recelo, y a la vez no los miraba pensando en lo que había detrás de ellos; era un baño público con sus puertas abiertas a cualquiera, un lugar perfecto para quitarse la vida. Él entró al lugar sin voltear ni la esquina del ojo hacia los adictos y una vez dentro empezó un soliloquio.

—Mírate, ¿acaso no te molesta vivir la cero iluminación de las almas, la destrucción del mundo que un día conociste? Vamos, morir no es la gran cosa, es solo un proceso natural por el que pasan todos los seres, nadie te extrañará, recuerda que no tienes una madre ni un padre que llore por ti, ahora ya no lo tienes; el día de ayer viste en el hospital a aquellos hombres que tuvieron la valentía de suicidarse, ¿me dirás que ellos son más bizarros que tú?

Durante su somnolienta caminata había encontrado de camino una tienda de armamento. Ahí fue cuando nació la idea. La muerte estaba a la vuelta de la esquina y el no buscarla en tal situación era un crimen fatal. Compró un revólver .38 especial, y se sorprendió

por el nulo papeleo que tuvo que hacer, tan solo dio el dinero y ya tenía la herramienta perfecta para el día del juicio en sus manos. En el baño las cosas parecían más lógicas, la muerte no era una escapatoria, era la única opción para el final feliz de los cuentos infantiles.

La fría punta del revólver roza mi úvula y me da ganas de vomitar –pensaba en ese momento –, pero el pensar que en mi mano está la llave que me sacará del infierno es mi más grande alivio.

Planeaba disparar, no parecía tan difícil, Kurt Cobain lo hizo ¿por qué yo no pude hacerlo?

Sacó el hierro de su hocico sintiendo la impotencia. Basura, ese ser no era más que basura. Se acostó en posición fetal en el suelo y abrazando sus rodillas se quebró. Cayeron a goterones sus lágrimas, cayeron como la lluvia que desborda los ríos e inunda las aceras. El hombre lloró hasta desaparecer en un pestañeo de horas de duración.

<<Yo estaba en una caverna encadenado al suelo sin poder moverme, viendo sobras que pasaban a venderme cosas y la luz a mis espaldas llamándome. Me desaté de mi opresión, caminé hacia la salida y quedé ciego por unos segundos, ciego pero feliz. >>

Despertó de su sueño divisando por el transparente cristal de la ventana las serpientes de colores que lo buscaban en el firmamento negro, y cerca de ellas un humo, en sus oídos gritos y en su piel fieras explosiones sin cesantes.

Era como si un dios hubiese activado algún interruptor en la mente de sus iguales, el mundo estaba en llamas, los establecimientos rodeados de simios armados que robaban cosas que no necesitaban, bombas, chillidos, muerte, todo el mundo era caos y el caos era Oni. Ya no había nada que hacer, la ausencia de luz no había golpeado solo las calles, sino también todas las mentes.

En la ilógica acción de las calles tuve tiempo de detenerme en un último pensamiento: ¿A dónde se ha ido nuestra avanzada



# *Iluminación cero*

*Joalberths De Agrela*

---

sociedad y la educación de la que uno podía sentirse orgulloso? Este mundo rodeado de sin sentidos y de acontecimientos paganos ya no tiene salvación. Probablemente debería quedarme aquí para presenciar el apocalipsis y ver la destrucción de mi propia raza. Ya estoy muerto, no tengo nada que perder.

*Continuará*

## Capítulo V

— Señor, Dios todopoderoso, tú vives y siempre has vivido.

Gracias porque has demostrado tu gran poder, y porque has comenzado a reinar sobre el mundo.

>> Los pueblos que no creen en ti, están enojados, pero ha llegado el día en que los castigarás con todo tu enojo.

El mundo era negro y estaba sumergido en las profundidades de las mentes apocalípticas que en la noche disparaban al prójimo, quemaban las calles, robaban los inservibles aparatos eléctricos, se comían unos a otros para absorber la energía que ya no existía. Las palabras que antes he escuchado fueron el discurso de un hombre extranjero que se encontraba sobre una montaña de basura hablándoles a los demonios humanoides.

Con el sonar de estas palabras divinas rodeadas por el arcoíris nocturno el caos cesó. Los hombres y mujeres de ojos rojos lo miraron mientras su discurso continuaba.

— Ese día ha llegado, el día en el que juzgarás a todos los vivos, premiarás a los profetas, tus servidores, premiarás a todo tu pueblo haciéndole ver la luz.

El particular forastero de barba desaliñada, grandes ocelos verdes y ropajes arrugados expresó que era un mensajero de Dios, que estaba en Oni para enseñarnos la palabra bíblica, mostrarnos el camino correcto que nos sacaría de la desesperación en la que nos encontrábamos.

— Estos días que hemos vivido es una prueba del rey de reyes, Jahovia intenta decirnos dos cosas: la primera es lo vulnerable que somos ante la posibilidad de salir de nuestra zona de confort; y la otra es mostrarnos nuestra adicción y dependencia a todo aquello que él no ha creado, todo eso que nosotros creemos son herramientas para facilitarnos la vida.

Nadie dijo ni una sola palabra, ninguno tenía alguna respuesta para refutar las afirmaciones del profeta. La primera persona en quebrarse fue uno de los vagabundos a los que había visto anteriormente consumiendo el nuevo acelerador. Colocó sus rodillas en el suelo, bajó su cabeza con sus brazos estirados y las palmas de sus manos llenándose de tierra; uno a uno cada individuo fue repitiendo su ejemplo una y otra vez hasta que cientos de orgullosos hombres estaban de rodillas haciendo reverencias.

Yo me sentía confundido, no sabía si copiar a mis iguales o imponerme ante el gentío, tomé una acción evasiva y rápidamente realicé un mutis por la derecha. Intenté alejarme del mundo, pero la fe es más veloz que las piernas y a donde corría solo podía ver incontables cuerpos que iban directo hacia el suelo.

Más temprano de lo que creía me rendí de escapar y al detenerme seguía escuchando el discurso religioso que ya no hablaba de una justicia castigadora, sino de una cercana salvación de aves gigantes que llevarían a la población de Oni a un mundo mejor. Realmente deseaba creerlo, poco tiempo había pasado pero ya la desesperación, la locura, lo ilógico era demasiado. Quería volverme fiel a las palabras del mesías y morir arrodillado ante las serpientes del cielo rogándole a Dios que me salvase del mundo.

*Continuará*



## Capítulo VI

Oni estaba arrodillado ante la presencia de Dios y su mensajero, todo Oni medía un metro, todo menos un 0.001 porciento, un porcentaje tan bajo que era un solo ser que miraba al resto por encima del hombro, yo. Aún indeciso quería evitar alguna molestia de mis iguales, o aún peor, del autoproclamado profeta, así que me senté en el suelo ocultándome entre la multitud y simplemente lo miré escuchando sus oscuras sandeces.

—Dios ha vuelto a hablarme hace un segundo, dice que para nosotros, sus servidores, existen siete mandatos que deben cumplirse sin falta:

1.- Cada hogar, establecimiento y lugar de Oni debe ser una estructura que sirva a Dios, una iglesia donde cada segundo de existencia sea para su profunda alabanza.

2.- Ya nada es de nadie, todos los tesoros del mundo son del mundo y quien los reclame no tendrá algún castigo. Comparte tus placeres con tu vecino, reclama el gozo de tu prójimo porque Dios no quiere a los ingratos y elogia al que lo entrega todo al resto.

3.- En su honor deben realizarse manjares de los alimentos más exquisitos rodeados de las mejores bebidas espirituosas que puedan encontrarse en la mente de sus productores. Hace miles de años ya se daban ofrendas a los dioses, el nuestro desea igualdad de condiciones, así que para él los banquetes deben ser mejores que los realizados por los griegos y los romanos.

4.- Jahovia es tierno amor, pero para quienes no lo sigan es fuego castigador. Para el que no transite el camino divino que nos indica, existirá un infierno aún peor que esta tierra sin tecnología.

5.- Es una obligación que en un futuro cercano Oni se acerque a la sobrepoblación. Dios quiere aumentar su número de seguidores para que cuando las aves de la liberación lleguen, su palabra pueda extenderse eternamente, mientras más seamos los que lo alabamos

mayores serán nuestras recompensas.

6.- El empleo es innecesario, el único para el que se debe entregar el quehacer es para nuestro juez, así que aléjate de la producción empresarial y trabaja solo para el que lo reina todo, para aquel que nos salvará del mundo material llevándonos al nirvana de la espiritualidad.

7.- No existirá jamás otra creencia, el que hoy entrega su corazón a la salvación lleva sobre su lomo el compromiso eterno de alabar sólo a Jahovia y a su mensajero divino, que ha venido de afuera de la ciudadela para darles la vida que tanto necesitaban.

Seguía escuchando los mandamientos de Dios y me seguían pareciendo sandeces asquerosas. Siete órdenes doblemente moralistas que creía haber conocido, tal vez de Gregorio Magno o del sabio Evagrio Póntico; no sabía de dónde surgía el recuerdo, pero mi mente me gritaba que Dios nos odiaba, que quien nos ordenaba no era otro que el temido Belcebú. Inmediatamente los preceptos de Jahovia comenzaron a ser cumplidos y durante un tiempo esto sirvió.

La fractura de esta paz inició el día en el que llegó el gran zumbido de billones de abejas que se acercaban a Oni tal y como lo había predicho el mesías meses anteriores.

*Continuará*

## Capítulo VII





Desde el momento en que Dios impuso un hado para Oni ya me encontraba condenado, la plaga se acercaba indetenible a nuestras tierras con un aura de liberación, sin embargo, su llegada sería amarga para los débiles como yo. Ese zumbido que aguardaba a lo lejos como millones de abejas africanas al acecho eran los helicópteros que venían del extranjero para nuestra salvación. Las naves llegaron al amanecer cruzando el cielo de aquella reconstrucción divina, tenían dos hélices y de resto parecían aviones. A las siete de la mañana aterrizaron en Oni; unos megáfonos gritaron que el mundo entero estaba preocupado por nosotros, y que durante los meses en los que estuvimos encerrados en el infierno confeccionaron esos helicópteros movidos por un combustible natural inmune a la onda electromagnética que aún vestía la zona.

El hijo de Dios dijo que al fin había llegado la recompensa prometida, pero la desesperación del hombre por la libertad era más grande que la fe, en algún momento una pequeña escritora dijo: “La inmensidad es la libertad de la que no puede privarse a los animales”, y como animales los hombres y las mujeres corrieron furiosos al abrirse las puertas. En cada una de las entradas se formó un muro de personas que se empujaban para entrar, y tras de sí estábamos nosotros que peleábamos por un mísero puesto dentro de la partida. Las mujeres embarazadas que cumplían el quinto mandamiento de Dios eran pateadas y pisoteadas como bolsas de basura en el camino, y yo como el frágil pedazo de carne que soy, caí entre la multitud llevando sobre mi cara los pies calzados o descalzos de la multitud.

El rescate no contaba con tal anarquía, debido a ello, una vez llenas las embarcaciones despegaron hacia el cielo los afortunados demonios de la tierra de Oni, y yo estaba allí, en el suelo, mirando a mi alrededor miles de cuerpos que como el mío, habían sido atropellados y chorreaban sangre de cortadas hechas con cuero, o de pieles que después de innumerables golpes se habían puesto púrpuras rozando el incolor negro.

Probablemente todos veíamos lo mismo, a nuestros

familiares fallecidos llorando por nosotros y mandando bendiciones que ya no tenían sentido. Había escuchado a muchos decir que cuando estás a punto de morir o cuando ya no hay ninguna posibilidad de existencia, toda tu vida pasa frente a tus ojos despidiéndose, riéndose a tus espaldas; aunque ahora que lo pienso lo que pasó por mis ojos no fue mi vida, fueron todos los acontecimientos nacidos desde el día en que explotó esa bomba dejándonos sin electricidad. Ahora me gusta pensar que fue así porque antes de tal miseria no me encontraba vivo, era solo una maquina del sistema trabajando todas las horas que podía, siendo un simple peón el juego de ajedrez que era Oni.

Cronológicamente fui recordándolo todo: El estallido, la incertidumbre, la disfunción de todos los aparatos electrónicos que ya no puedo recordar debido al tiempo y la distancia, las serpientes boreales que no veré nunca más en ese cielo nocturno que tanto me embelesaba, el amanecer del que había hablado mi abuelo durante mi infancia, la escasez de todos los servicios que según la democracia eran un derecho inquebrantable, el abandono de mi hogar y los maratones de Filípides a Esparta, la ola de suicidios de esos jóvenes que sin el internet, las computadoras y la pérdida de tiempo preferieron morir ahorcados en alguna cuerda o algún cable, mi cobardía y mi intento fallido de suicidio que ahora es inútil porque lo que hice fue alargar un poco mi vida para tener una muerte más patética, la llegada del mesías, sus falsas promesas de salvación que tal vez me condenan a Oni por no haber seguido sus órdenes de alabanza, los siete pecaminosos mandamientos de Dios, la llegada de las naves de salvamento y rescate; y ahora mi soledad, mi tortuosa soledad que me deja en el suelo de una tierra maldita sin poder caminar o escapar de la magnífica divina comedia de Dante Alighieri.

*Continuará*

# Capítulo VIII

## Epílogo



Todas estas palabras son mi canto para ustedes que decidieron escucharme atentamente y sin dormirse. Luego de encontrarme en ese suelo casi muerto por el hambre, la sed, los golpes y la tristeza, pestañeé igual que en ese sanitario en el que intenté matarme, despertando quién sabe cuánto tiempo después en una camilla de un helicóptero de la segunda ronda de rescate.

Los que estábamos allí nos encontrábamos al borde del río Caronte, al parecer a la Organización de las Naciones Unidas le había parecido inhumano dejar fallecer a aquellos endebles pedazos de carne que no pudieron contra la anarquía, y por ello enviaron una nueva tanda de salvadores sabiendo que el desorden no se repetiría.

Esta charla que les he dado no es sólo mi experiencia sobre un acontecimiento que cambió el mundo, sino una oportunidad mía para esclarecer las mentiras de las que nos han hablado. El evento ocurrido ya hace meses, esa explosión que dejó sin fuerza al país más tecnológico, fue una conspiración de las grandes naciones para hacerse con el poder y luego convertirse en los superhéroes de mis compatriotas. En el año 1962 se hicieron dos pruebas nucleares para probar como la explosión de una bomba podía crear un pulso electromagnético que anulara los aparatos eléctricos y las fuentes de comunicación, en aquel momento a eso se le llamó bomba arcoíris, por dejar esa aurora boreal que varias veces les he descrito en mi relato; lo sucedido en Oni no fue un accidente, el hecho de que nuestras tierras se pareciesen al triángulo de las Bermudas, o a Kazajstán durante el proyecto K no fue mera coincidencia, fue un plan macabro de algunos hijos de Hitler que deseaban ver como ardía el mundo. Prepárense, amigos porque aunque mis paisanos y yo estemos libres gozando de una nueva existencia, el apocalipsis no ha terminado. Alisten sus mentes y sus corazones porque en cualquier momento puede volver a nacer una nueva iluminación cero.

El hombre que se encontraba sobre el escenario terminó su discurso creando un aura tenebrosa que se transformó desde un



inquebrantable de aplausos, gritos y lágrimas que recompensaban todo el sufrimiento que había tenido en su devastada ciudadela.

Bajo del escenario escuchando aún los aplausos que lo seguían a donde fuere. Muchas personas se le acercaban para felicitarlo o estrechar su mano en son de paz.

—Tal vez así se siente ser una verdadera estrella — pensaba en medio de tanta felicidad, pero en un instante en que importantes reyes se tomaban algunas fotos a su lado, pudo observar la oscura mirada de un representante de la ONU que lo señalaba a la distancia con poca estima; decidió obviarlo por ignorancia.

Se habían hecho las once de la noche cuando salió del edificio escoltado por dos grandes hombres de piel morena, y mientras se dirigía al auto que lo llevaría al hotel donde se hospedaba, un fuerte estallido golpeó sus oídos dejándolo caer al suelo, manchándolo con su sangre.

*Fin*